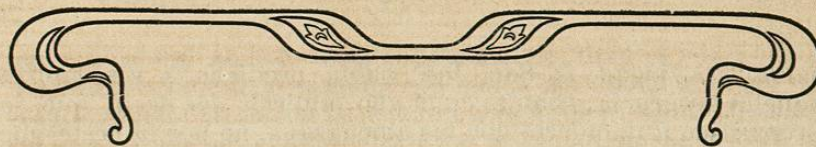


Se convocó el Capítulo para los últimos días de abril en que se cumplían los nueve años de Generalato. Estando en su período álgido la peste, y siendo imposibles las reuniones, Urbano VIII confirmó á José en el cargo de General por seis meses más, y nueva convocatoria fijó la reunión del Capítulo en el mes de octubre. A principios de este mes tuvo una erisipela, siempre en la misma pierna enferma. «Por la gracia de Dios, escribía el día 11, estoy ya curado; espero que á fin de mes tendremos nuestro Capítulo General para renovar el gobierno de nuestra Religión, *tam in capite quam in membris*. El 22 de octubre llegó á Roma con sus dos compañeros el Provincial de Nápoles, curado milagrosamente: los otros tres Provinciales, contando entre ellos al de Roma que había ido á Florencia para la fundación de las Escuelas en aquella ciudad, no pudieron acudir por la peste que seguía haciendo estragos.

Apesadumbrado estaba el P. General; pero el P. Cassani, Provincial de Nápoles y Asistente, viendo que no podía reunirse el Capítulo, escribió secretamente á todos los ausentes, pidiéndoles dieran el voto por escrito. Atendido el caso de fuerza mayor, les suplicaba después de pedir el auxilio del cielo, que nombrasen General vitalicio, como se hubiera hecho, si hubieran podido deliberar juntos. Todos los votos estuvieron conformes con los de los Padres que estaban en Roma, y fué elegido José por unanimidad, descontando naturalmente su voto que no se le pidió, temiendo que se opusiera á aquella clase de elección. Y como podía encontrar irregular lo hecho, el P. Cassani, como primer compañero del Fundador de las Escuelas, y primer Asistente elegido por Gregorio XV, presentó en nombre de todos los ausentes, una súplica al Papa Urbano VIII, haciéndole presente que la Religión de las Escuelas Pías, no tenía General desde el mes de octubre, término de su cargo, porque había impedido la peste la celebración del Capítulo en el tiempo determinado por las Constituciones. Exponía cómo se había llegado á la elección del P. José como General perpétuo de las Escuelas Pías, y suplicaba lo confirmase con su autoridad apostólica. El Papa la confirmó por Decreto. Quedó aterrado José: pareciale que, si se hubiera celebrado canónicamente el Capítulo, hubieran sido suficientes sus razones para parar el golpe. Pero había hablado el Soberano Pontífice, y no creyó poder oponerse á la voluntad divina manifestada por su Vicario en la tierra. Por lo demás, no declinaba aquel cargo por cobardía, no rehusaba ni las penas, ni las dificultades, ni la cruz que consigo llevaba; sino el honor, la gloria y el poder que le acompañaban.



CAPITULO XV

GENERALATO PERPETUO

1632-1634



LA espantosa erupción del Vesubio de 1632 destruyó en el monte Samma las Escuelas fundadas en aquel territorio. Las Escuelas Pías de Nápoles participaron por mucho tiempo del terror que embargó á la ciudad entera. Desde los tiempos de Plinio no se había visto catástrofe parecida. Llegó también á San José el terror de que eran presa sus hijos. «Hemos recibido, escribía, diferentes noticias de la terrible erupción del Vesubio, situado á ocho ó nueve millas de Nápoles, y que ha arrojado tanto fuego, humo y cenizas que han sido arruinadas las aldeas vecinas. No podrá conocerse toda la extensión del mal hasta que se haya extinguido completamente el fuego». Y decía el 18 de enero: «He recibido cartas de Nápoles anunciando que persistían aún los terremotos el 3 y el 4 de este mes, lo mismo que los torrentes de fuego y cenizas». Comenzó aquel incendio el 15 de diciembre de 1621, como dicen los historiadores de la ciudad de Nápoles, y los horrosos temblores de tierra sentíanse á distancias muy grandes. Vomitaba al mismo tiempo el Vesubio ríos de lava ardiendo, gruesas piedras y cenizas, y á tal altura que pasaba la región media del aire, siendo llevadas por los vientos hasta el Archipiélago, á más de cien millas de distancia. La lava se dividió en siete brazos, descendiendo como impetuoso torrente hacia la parte del mar, quemando, destruyendo y arrastrando todo lo que encontraba á su paso, y continuó ardiendo doce días aún en medio de las aguas. Al lado opuesto de la montaña, en lugar del río de fuego, corría un río de agua hirviendo que destruyó todos los alrededores. Duró aquel desastre más de dos meses. Comenzó con mayor violencia en el mes de febrero siguiente, y cuando iba á ser absorbida la populosa y rica ciudad de Nápoles, las reliquias de San Jenaro que se llevaron frente al torrente devastador, contuvieron de repente su curso, y fué

salvada la ciudad (1) San José había predicho á sus Padres aquella desgracia, cuando en el año anterior les decía que se preparasen á la muerte que les amenazaba, no por la peste que realmente no llegaba á Nápoles, sino por otro azote igualmente terrible. Nuestro Santo tenía lacerado el corazón ante aquellas desgracias. El Mediodía de Italia sufría con el Vesubio; el Norte, con la peste y la guerra, hallándose igualmente expuestas sus Escuelas en todas partes. El mismo sufría cruelmente con sus enfermedades, aunque no le impedían hacer frente á las más apremiantes ocupaciones: de modo que experimentaba á la vez todo género de tribulaciones.

Nombrado General perpetuo por Urbano VIII, aceptó, con valor aquella nueva cruz, tanto más pesada para él, cuanto su espíritu profético adivinaba todas las consecuencias. Escribía un día al P. Alacchi: «No conocieron los antiguos filósofos la verdadera felicidad, y lo que es peor todavía, pocos cristianos, por no decir, muy pocos, saben que la colocó en la Cruz nuestro Señor Jesucristo. Y aunque parezca á algunos que esta Cruz es carga que difícilmente se puede llevar, procura tales bienes, y proporciona tales consuelos interiores, que no merecen compararse con ella todas las cosas de la tierra».

Damos á continuación el Decreto de Urbano VIII tan honroso para nuestro Santo: tiene la fecha de 12 de enero de 1632: «Sabemos que la Congregación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, de las Escuelas Pías, se halla sin General. Queriendo, pues, en cuanto Nos lo podemos, proveer en el Señor al Gobierno de esta Congregación, *motu proprio* y después de examen serio y madura deliberación, en virtud de la Autoridad Apostólica, Nos constituimos y establecemos General perpetuo de la dicha Congregación á nuestro muy amado hijo, José de la Madre de Dios, Fundador y sacerdote del mismo Orden que sabia y prudentemente la ha gobernado ya en su primer Generalato». El Papa nombraba enseguida por sí mismo á los cuatro Asistentes que tan principal papel han hecho en esta historia: á saber, á los Padres Pedro Cassani, Francisco Castelli, Santiago Graziani y Juan García.

Como hemos dicho, sometióse José; pero ni su dignidad ni su edad tan avanzada pudieron hacer que cambiase su método de vida, que fué siempre el del último Religioso. Iba á añadir la Providencia todo género de dolores.

Después de haber deseado tanto levantar el primer Templo en honor de su buena Madre, la Santísima Virgen, y cuando estaba todo preparado para la colocación de la primera piedra en Frascati, no pudo ir allá á causa de una fiebre catarral tan pe-

(1) El Breviario Romano ha conservado el recuerdo de aquel espléndido milagro de San Jenaro, y con esta mención le ha dado todos los caracteres de autenticidad. Sed illud imprimis memorandum, quod erumpentes olim e monte Vesubio flammaram globulos, nec vicinis modo, sed longinquis..... extinxit.

ligrosa en un anciano de 76 años. En fin, tuvo el consuelo de presidir el 9 de mayo aquella ceremonia tan deseada. «Ayer tarde, escribía, se colocó la primera piedra de nuestra Iglesia de Frascati, con gran solemnidad, en presencia de todo el Cabildo de la Catedral, de los Magistrados y de un pueblo que rebosaba de alegría.»

Le escribían de Roma que no había suficiente número de confesores para los muchísimos niños de San Pantaleón, y contestaba aquel buen Padre de la juventud: «Cuando vuelva, confesaré yo mismo á los escolares: creo será el próximo martes, aunque tenga que hacer el viaje en el asno de esta Casa.»

Con su corazón católico, no prescindía José de los asuntos políticos, bien persuadido de la relación estrecha que tienen con la religión. Hablaba de ellos constantemente á sus Religiosos, queriendo que rogasen sin cesar por el triunfo de la causa de Dios. Estaba desolado ante aquella larga guerra de treinta años, pues preveía bien las consecuencias. Regocijábale ante la menor ventaja de los católicos, para sufrir pronto mucho más al conocer sus reveses. Escribía el 23 de mayo de 1632. «He tenido gran consuelo al conocer el estado de las cosas en Alemania: quiera el Señor que se extienda su santa fe, y que sea ahogada la herejía.» Mas poco después de escritas estas líneas, tuvo noticia de la derrota de los católicos, y añadía en una postdata. «No quiero dar oídos ni creer las noticias que me dan: quiera Dios que la próxima semana sean más favorables para los católicos.» Sus religiosos habían de cumplir sus deseos, haciendo en la conversión de los herejes, triunfantes por las armas, pero vencidos por su celo, más que todos los ejércitos juntos.

Atento nuestro Santo al bienestar de sus hijos predilectos del Colegio Nazareno, quería hallar una casa de campo para recrearse durante las vacaciones. En 3 de diciembre había ya escrito al P. Brandoni: «Es de suma importancia que mañana mismo, si puede V. R., vaya á Albano para ver si está arrendada, y en qué estado se encuentra la Quinta de Mgr. Pavoni.» La Quinta estaba disponible, pero antes de pasar adelante, quiso que la vieran dos Religiosos suyos y el señor Biagio Fattorio, hombre muy prudente que había sido familiar del Cardenal Tonti. Allá se dirigieron los cuatro en un coche de cuatro caballos, pues jamás dejaba de ser delicado José, cuando se trataba de personas de distinción. Precisamente por el señor Biagio había preparado el cocinero comida de carne, aunque era día de abstinencia por la Regla (1) José pensó en ello, más para no molestar á nadie, comió de carne como sus compañeros. Pero

(1) Según la costumbre de Roma, los pensionistas jamás salen á sus casas para las vacaciones: las pasan en las casas de campo de los Colegios. Los días de salida salen en la mañana y vuelven en la noche, no permitiéndoles dormir en sus casas bajo ningún pretexto. Todavía se observan estas Reglas en el Colegio Nazareno, como en los tiempos de S. José de Calasanz.

aquella violación de la Regla debía tener su correspondiente expiación: por eso al día siguiente, martes, se condenó á sí mismo, y condenó á sus compañeros á no tomar más que pan y agua: y el cocinero que había preparado la comida de la víspera comió sólo pan duro en medio del Refectorio. De esta manera se respetaron las atenciones debidas al señor Biagio que había ido de tan lejos por hacerles un favor, y recibió su confirmación la Regla.

Un hecho extraordinario hizo memorable aquella comida de Albano. Una compañía de Cesena, que por discreción no nombran los historiadores, disputaba á José la suma de 8.600 escudos, sobre 45.000 pesetas, provenientes de la herencia del Cardenal Tonti, suma no despreciable para el Colegio Nazareno. El asunto estaba pendiente del Soberano Tribunal de Roma llamado de la Rota. En el momento en que pronunciaba la sentencia el tribunal, exclamó José: «Señor Biagio, hemos ganado el pleito». Todos tuvieron gran contento. En fin, visitada la quinta, todos volvieron á Roma en el mismo carruaje, llegando ya avanzada la noche, y hallando en San Pantaleón á los lacayos de los Prelados de la Rota que esperaban al P. José para anunciarle la buena nueva, y recibir las *estrenas* según la costumbre del país en que á todas horas se paga la *buona mano*. «Pero las *estrenas*, dijo el señor Biagio, deben ser para el primero que trae la noticia: hay que darla al que nos la llevó á Albano». Confundido quedó José, pues sabía él, como sabían también los demás, que la noticia se la dió un ángel del Señor.

Grandemente interesaba al P. General el resultado de aquel proceso, pues dependía de él el buen éxito de sus obras; pero más que todo quería la perfección de sus Religiosos: quería hallarlos siempre firmes y constantes en el trabajo, sin demasiada solicitud, pero sí, con constancia siempre igual. El P. Alacchi, uno de sus principales auxiliares, tenía gran celo apostólico en todas sus empresas, pero no las continuaba con el mismo ardor, y fácilmente las dejaba morir. Por eso, en 20 de noviembre de 1632, le escribía esta admirable carta, señalándole su regla de conducta: «Debe saber V. R. que la Santa Iglesia inspirada por el Espíritu Santo, hace cantar el *Gloria* después de cada salmo. Lo mismo debemos hacer nosotros en todos nuestros actos, pues sólo el fin corona la obra. Con frecuencia se transforma en ángel de luz el enemigo del género humano, y hace cuanto puede para engañar á los buenos Religiosos, estando más expuestos los que quieren aparecer singulares. Póngase bien en guardia V. R., porque tiene enemigos que triunfaron de la fortaleza de Sansón, de la santidad de David, y de la sabiduría de Salomón».

En Moravia alcanzaban éxitos brillantes las Escuelas Pías. El Cardenal príncipe de Dietrichstain estaba prodigiosamente edificado de la conducta de los Padres: los tenía en gran estimación; pero admiraba sobre todo á su fundador. 'Escribiale en 25 de agosto de 1632 el P. Tencani. «Me manda el Cardenal

que escriba á V. P. diciéndole que está muy satisfecho de los servicios que le prestamos. Quiere él mismo decirlo así á V. P., y él llevará mi carta para tener el gusto de entregarla en persona». Pero recibía José de aquel país otras cartas que lo entusiasmaban más, porque le anunciaban la conversión de innumerables herejes, conseguida per sus Religiosos. En 20 de abril de 1636, le decían que las conversiones aumentaban siempre, que los herejes, á pesar de su antiguo horror al Sacramento de la Penitencia se sometían á la confesión auricular. Lo mismo le escribía el Cardenal, insistiendo en que le mandasé más Religiosos. Era gran dolor para José no tener suficiente personal, y no poder acceder á tantas peticiones. Ya en el otoño anterior había enviado muchos nuevos Padres á Nicolsbourg y á Stranitz, y no podía mandar más por entonces, pero el Cardenal para hacerle fuerza, se dirigió en 5 de mayo á los Cardenales de la Propaganda.

«Hace dos años, les decía, que llegaron los Padres de las Escuelas Pías á Nicolsbourg, ciudad de mi patrimonio, y he conseguido cuanto podía desear. Hacen gran bien, no sólo edificando á los pueblos con la santidad de su vida, sino también educando á los niños en el temor de Dios, en la verdadera fe, y en el amor á las letras humanas y á las buenas costumbres. Como veo que el pueblo acude á ellos en masa, suplico á Vuestra Eminencia ordene á su General que nos envíe más operarios para continuar y aumentar la obra comenzada, ocupándose con celo en la viña del Señor y en el cultivo de las plantas que germinan en mi desgraciado país. Suplique V. E. á Su Santidad, si es necesario, que mande al P. General que nos envíe Religiosos, porque diariamente se vé el inmenso bien que hacen, y que harían, si pudieran acudir á todos los lugares que los piden. Edifican al pueblo, prestan brillantes servicios á la juventud, convierten á los herejes adultos, y administran los Sacramentos abandonados hacía tanto tiempo. En Nicolsbourg no tenemos más que un Religioso alemán, el P. Ambrosio. En la Pascua ha confesado á más de dos mil personas, convirtiendo á muchos herejes. Muy importante es este resultado, aunque no hubiera otros; pero ¿qué no hubieran hecho, si hubieran sido en mayor número? Tienen hoy más de cuatrocientos alumnos las Escuelas que en otro tiempo no tenían más de treinta. Son nuevos retoños que permanecerán firmes en la fe, porque los herejes, cuando se convierten, lo hacen con frecuencia *formidine pænæ*. Casi nunca quedan enteramente curados de sus errores; se bambolean como débiles cañas, y ceden ante el menor soplo de guerra ó de cambio. Mientras que estos jóvenes rociados en su primera edad con las aguas de la verdadera fe, se mostrarán en la edad madura, como encinas cargadas de años, inmóviles en medio de las más grandes tempestades».

Es imposible dar más hermoso testimonio de las Escuelas Pías, y decir mejor el bien que hacían, precisamente, cuan-

do vinieron á asaltarlas las tempestades más horrosas, comprometiendo su existencia durante muchos años. Y entre tanto, hay que confesarlo, de ahí viene todo el mal: las demandas de fundaciones eran demasiado numerosas. Necesitábase á lo menos dos veces más personal del que había, para atender á las más apremiantes necesidades. El Orden más antiguo y más numeroso de la Iglesia no hubiera podido acceder á tantos deseos. Y hace esto más inexplicables todavía las rivalidades de otros Institutos, como veremos más tarde, cuando es tan grande el mundo para recibirlos á todos, no pudiendo trabajar todos juntos más que en una pequeña parte de la mies del padre de familias. Ojalá, decía San Pablo, profetizasen todos: no han podido llegar á comprenderlo las mezquinas rivalidades religiosas, que tienen siempre su lado humano.

La elevada posición del Cardenal de Dietrichstain en la Iglesia y en el Estado, obligó á los Cardenales de la propaganda á ocuparse en aquel asunto. Encargaron, pues, al Cardenal Vicario Ginetti, y al Cardenal Panfili que tratasen aquella cuestión con el Papa y con el General, permitiendo Dios que cediesen en ventajas para las Escuelas Pías todas aquellas diligencias; porque, exponiendo el General el estado de su Orden ante tantas peticiones tan poderosamente apoyadas, obtuvo un Decreto de la Congregación de la Propaganda, reunida bajo la presidencia del Papa el 3 de junio de 1633. «Ha presentado el Emmentísimo Señor Cardenal Panfili las cartas del Cardenal Dietrichstain.....—siguen las cartas—y considerando la Sagrada Congregación que esta Religión, aprobada por Gregorio XV, no tiene todavía el personal necesario para extenderse y propagarse por todas las provincias que cada día la piden, juzga que se indique al General que se entienda con el Cardenal Vicario para conocer la opinión de la Sagrada Congregación, y que en el mismo sentido se conteste al Cardenal Dietrichstain».

Más aún: habiendo conferenciado José con el Cardenal Vicario, lo comprometió éste á nombre del Soberano Pontífice á fundar lo antes posible excelentes y numerosos Noviciados, con casas de estudios, separadas de los Noviciados, pues habían resuelto el Papa y la Congregación que la propagación de aquella Orden ERA SU OBLIGACIÓN MÁS IMPORTANTE. No era posible conseguir más honrosa aprobación de las Escuelas Pías. Trabajó José para corresponder á semejantes órdenes; pero exigía no poco tiempo el trabajo de formación para prevenir los inconvenientes del momento, y así pidió y obtuvo un Decreto por el cual se prohibía abrir nuevas casas sin permiso de la Propaganda. Ojalá se hubiera observado siempre aquel Decreto, y no hubieran sido los primeros en violarlo los mismos que lo habían dado, exigiendo fundaciones tan prematuras como numerosas.



CAPÍTULO XVI

MILAGROS

1622-1647

No es sólo el período de la expansión de las Escuelas Pías por una no despreciable parte de Europa la primera etapa del Generalato de José, es también el período de la santidad del Fundador. Hemos dejado al lector el cuidado de juzgar por sí mismo, siguiendo esta historia; pero á medida que adelantamos, parece que quiere manifestar Dios la virtud de su siervo con los más relevantes prodigios. Los milagros no son la santidad, pero son su manifestación exterior. ¡Cuánta autoridad no daban á un Superior semejantes prodigios! Y no cesaron ni aun con su muerte, y aquí está la explicación de haberle permanecido fiel la gran mayoría de sus Religiosos, aunque parecía perdida toda esperanza. Causa de todas sus desgracias fué un número insignificante de malvados, vacilando los débiles ante la tentación, siendo ésta la historia de todas las revoluciones; pero el mayor número permaneció digno de la vocación que confirmaba el Señor con prodigios tan extraordinarios. De esta manera, cien años más tarde, víctima de las mismas pruebas San Alfonso María de Liguori, no cesó de hacer prodigios que han sido reconocidos en el proceso de Beatificación, mientras que del mismo modo le perseguía la autoridad.

No vamos á enumerar sino unos pocos, siéndonos imposible detenernos ni aun para indicar los centenares de milagros que se presentaron más tarde al tribunal investigador para el proceso de su Canonización, bastando para la edificación del lector algunos pertenecientes á estos veinticinco años. Añadiremos que son de los que menos resonancia tuvieron, queriendo Dios guardar los otros para el tiempo de sus pruebas, y, sobre todo, para el tiempo que siguió á su muerte.

Ya hemos dicho que, habiéndose dirigido á Cárcare el 10 de abril de 1625, fué recibido José en triunfo por toda la población que le condujo procesionalmente á la Iglesia de San Sebastián. Había en aquella ciudad un hombre poseído del demonio; era